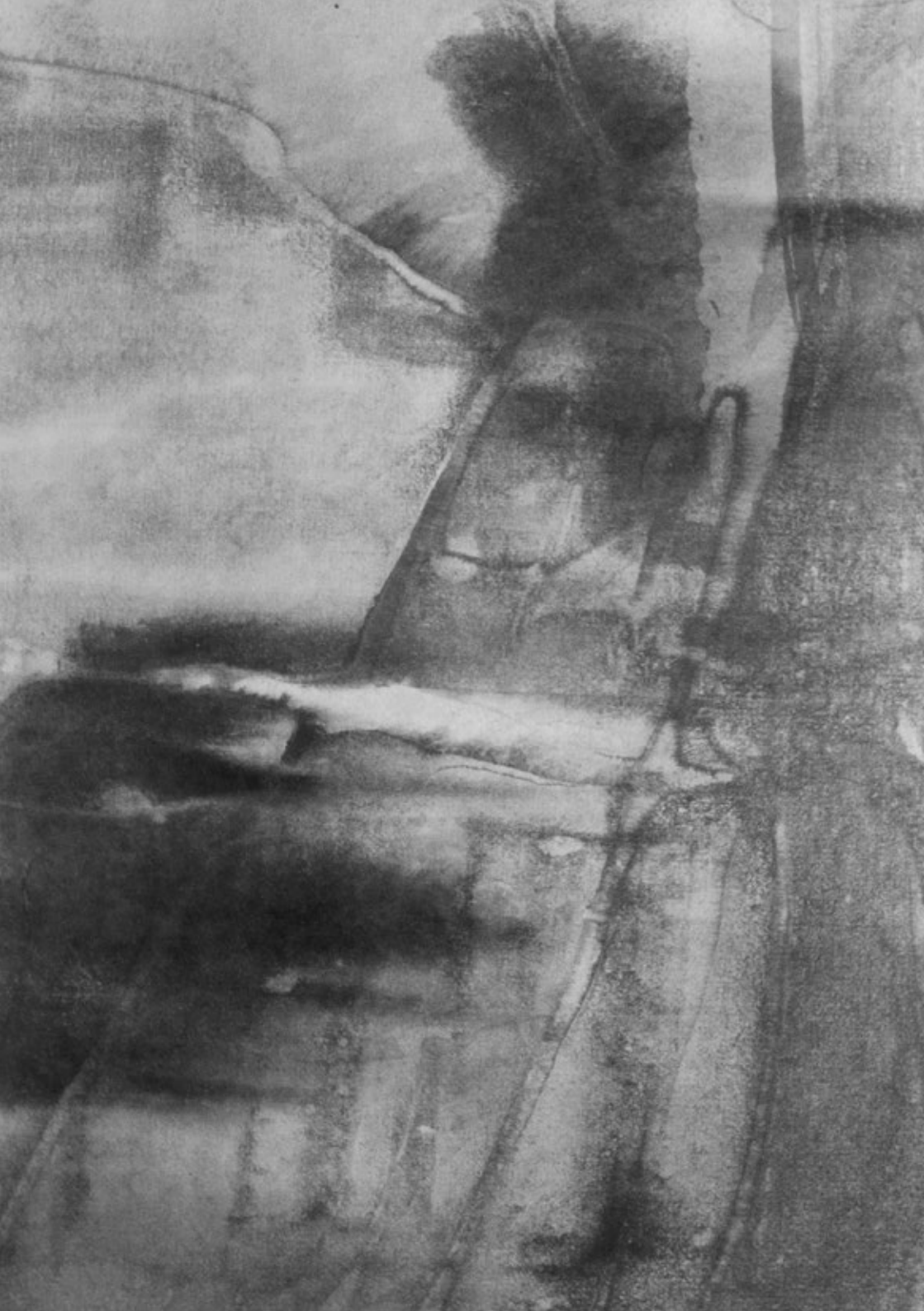
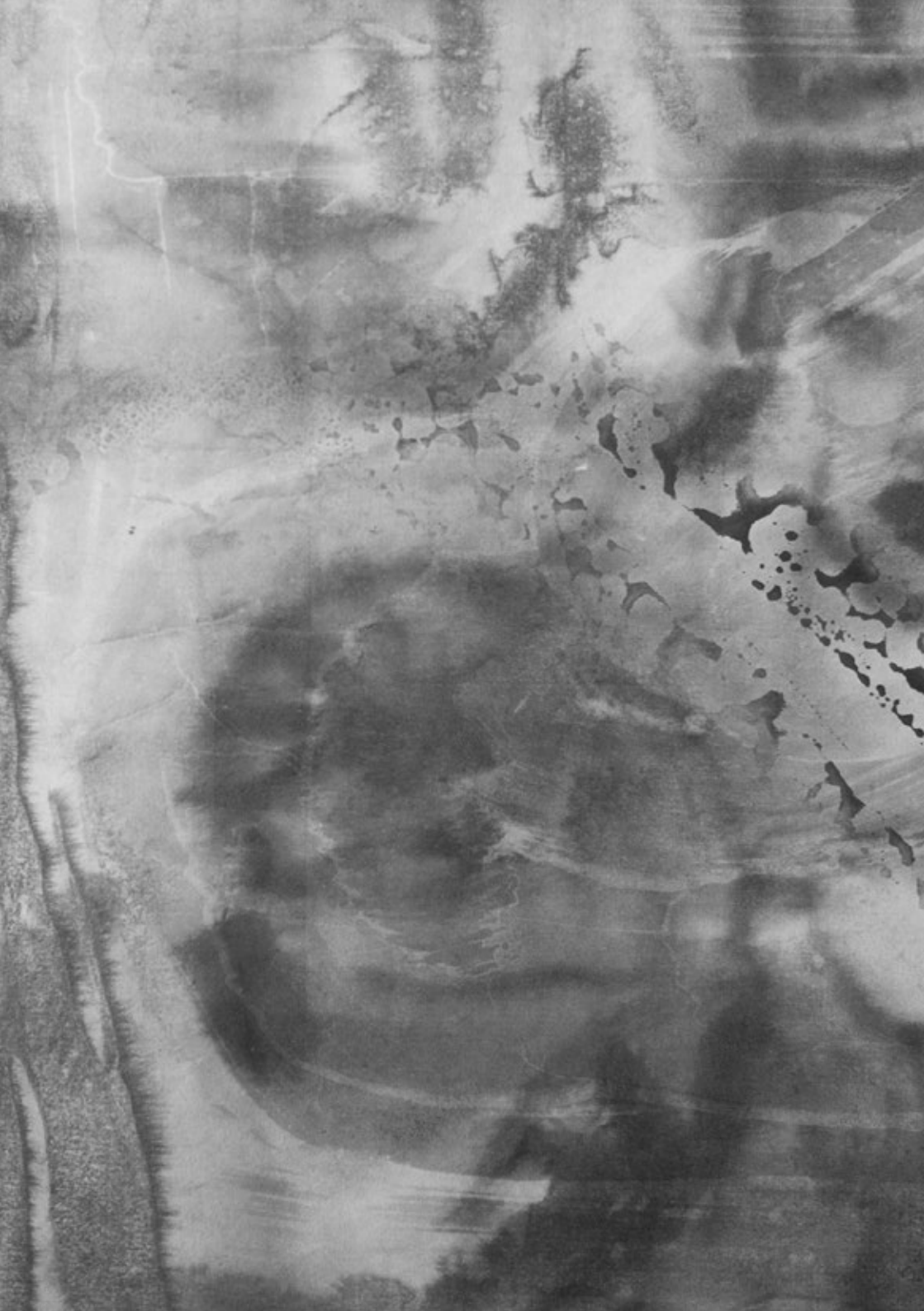












Rumores de la noche

Elisa Malo

Curaduría y texto
Isis Yépez

Hay noches cuyas imágenes se
desvanecen al despertar, pero
las sensaciones —esas huellas
invisibles— perduran como prueba
de que algo fue soñado.
—Comunidad soñante.¹

“Poco sé de la noche, pero la noche parece saber de mí”², escribió Alejandra Pizarnik, revelando que la noche, más que un velo oscuro, es una presencia que nos guarda y nos conoce, quizá a través de nuestros sueños. En su oscuridad habita lo onírico, un territorio sagrado, ese mundo —tan fugaz, tan nuestro— que se revela con una claridad que no alcanza la vigilia. Tal vez la noche susurra nuestros sueños como un rumor suave, como un secreto que no necesita ser dicho.

En la medida en que el universo se dilata y la noche se espesa, se abre un tiempo otro, un tiempo donde el lenguaje deja de gobernar y el sentido se escapa. *Rumores de la noche*, el proyecto de la artista veracruzana Elisa Malo comisionado por la Colección FEMSA, se entrega a la penumbra, y con ello, al acto de soñar. La obra se despliega en una serie de mariposas nocturnas suspendidas a modo de lámparas que, como centinelas, alumbran el recorrido hacia las piezas en el espacio expositivo, y nos conducen al territorio regido por los sueños. Ya inmersos, nos recibe una cama recubierta con papel y dibujos en tinta. Estas imágenes se prolongan en una segunda sala donde se abre paso un paisaje visual que insiste en lo íntimo, lo difuso y lo que apenas persiste en el recuerdo.

El sueño, como ejercicio de memoria, requiere de un esfuerzo en la vigilia para sostenerse. En este gesto, Elisa Malo propició una serie de *escuchatorios de sueños*: sesiones donde las personas compartieron sus relatos oníricos y ella los tradujo en dibujo. Como en todo acto de traducción, hay pérdidas; esa cualidad nebulosa se manifiesta en la tinta, que al tocar el papel se expande, se desvanece. En su búsqueda por retenerlo, Malo muestra la inestabilidad del sueño, su resistencia a ser contenido.

El universo onírico requiere de espacios igualmente íntimos para emerger. Objetos cotidianos que son umbral entre vigilia y ensoñación. Así, la cama cumple una doble función: descanso y territorio donde el sueño sucede. A esto se suma que la pieza habita un museo que alguna vez fue casa, donde se soñó, donde se vivió. Malo invita a habitar esos intersticios entre lo onírico y lo doméstico.

Dibujar y soñar se develan como gestos profundamente humanos, actos de resistencia que escapan de la hiperproductividad. En su propuesta, el sueño se plantea como un espacio de libertad e imaginación. Un umbral hacia la potencia creativa, hacia lo mágico, hacia el autoconocimiento. En la sala de exhibición, sus dibujos trazan un mapa secreto hacia lo que fuimos, o hacia aquello que somos cuando dormimos.

A lo largo de la historia, distintas culturas han visto en el sueño un portal hacia lo sagrado, lo espiritual y el autoconocimiento. De las civilizaciones asiria, egipcia, maya y griega, hasta el pensamiento moderno de Freud y Jung, que inspiró al surrealismo en 1924, el universo

1 Francisco Arrieta, Giulianna Zambrano y Shaday Larios. *Comunidad soñante. Escuchatorio de sueños*, 2023.

2 Alejandra Pizarnik, “La noche” (poema) en *Las aventuras perdidas*, 1958.

onírico ha mantenido su potencia simbólica. En muchas culturas del Abya Yala³, soñar sigue siendo una práctica que trasciende lo íntimo: se comparte, guía decisiones y sostiene vínculos comunitarios y rituales.

Cada cultura y época ha creado sus propios lenguajes para narrar lo soñado. Aunque efímeros, algunos sueños portan una memoria que atraviesa generaciones. Y sin embargo, mientras abundan los archivos sobre la vida diurna, carecemos de una historia equivalente sobre lo que acontece en el mundo de los durmientes.

Si los sueños pudieran reunirse y guardarse, trazarían un mapa secreto de la sensibilidad de nuestro tiempo. Es precisamente ese impulso el que Elisa Malo recupera a través del gesto íntimo de escuchar y traducir sueños al papel. La artista recoge relatos oníricos de la actualidad y, sin pretensión documental ni interpretativa, abre la posibilidad de un archivo onírico contemporáneo. No busca develar mensajes ocultos ni fijar significados, sino acoger estas narraciones fugaces como parte de una memoria sensible y colectiva. Así, aunque no sea su objetivo, en su obra queda inscrito un fragmento de la memoria histórica de los sueños y de las formas en que hoy los narramos.

En este movimiento, lo onírico deja de pertenecer únicamente a quien sueña y se convierte en un territorio compartido, donde la intimidad encuentra eco en la experiencia de otros. Al narrarlos, nos situamos en el umbral de la vulnerabilidad: abrir el relato propio es permitir que lo más íntimo encuentre resonancia en otros. Esa fragilidad compartida no remite a la debilidad, sino que se manifiesta como una forma distinta de fortaleza, una sensibilidad que nace de lo más profundo y se transforma en un vínculo que se comparte.

Como si esos hilos invisibles que tejen los sueños pudieran extenderse más allá de quien los cuenta, llegan hasta esta casa. La Casa Museo Diego Rivera, que resguarda no sólo la infancia del pintor, sino las primeras visiones que habitaron su imaginación. Qué más evocador que situar aquí la obra de Elisa, en un espacio que guarda memorias y que, en otro tiempo, dio cobijo a un artista que simpatizó con el surrealismo y que incluso pintó uno de sus propios sueños en *Las tentaciones de San Antonio* (1947). Esa obra, poblada por cuerpos vegetales, figuras fálicas y bestias con apariencia carnavalesca, condensa una visión fantástica que entrelaza elementos de la tradición mística cristiana, saberes medievales y festividades populares mexicanas.

Esa tensión entre lo sagrado y lo profano, resuena profundamente con *Rumores de la noche*, un proyecto que también se interna en los pliegues de lo simbólico, lo onírico, lo botánico y lo ritual. En ese diálogo, la pieza de Elisa Malo reactiva la potencia visionaria del sueño como materia viva, compartida y abierta a lo desconocido.

Hoy, el sueño ocupa apenas un resquicio en nuestra vida diurna. Elisa nos invita a volcarnos hacia él. La artista recurre a la ficción, al extrañamiento y a lo ilusorio, no como recursos formales, sino como gestos sensibles desde los cuales abrazar otras formas de relato onírico. En esa entrega, la noche se vuelve soporte íntimo y a la vez colectivo, la noche, quizás, sea la única testigo del *espacio del sueño*, ese lugar que, en palabras de Gaston Bachelard, es “todo menos quietud, cualquier cosa menos reposo”⁴; un umbral que nos permite habitar el mundo más profundo, aquel que persiste en el silencio y nos devuelve, como un rumor, lo que somos cuando soñamos.

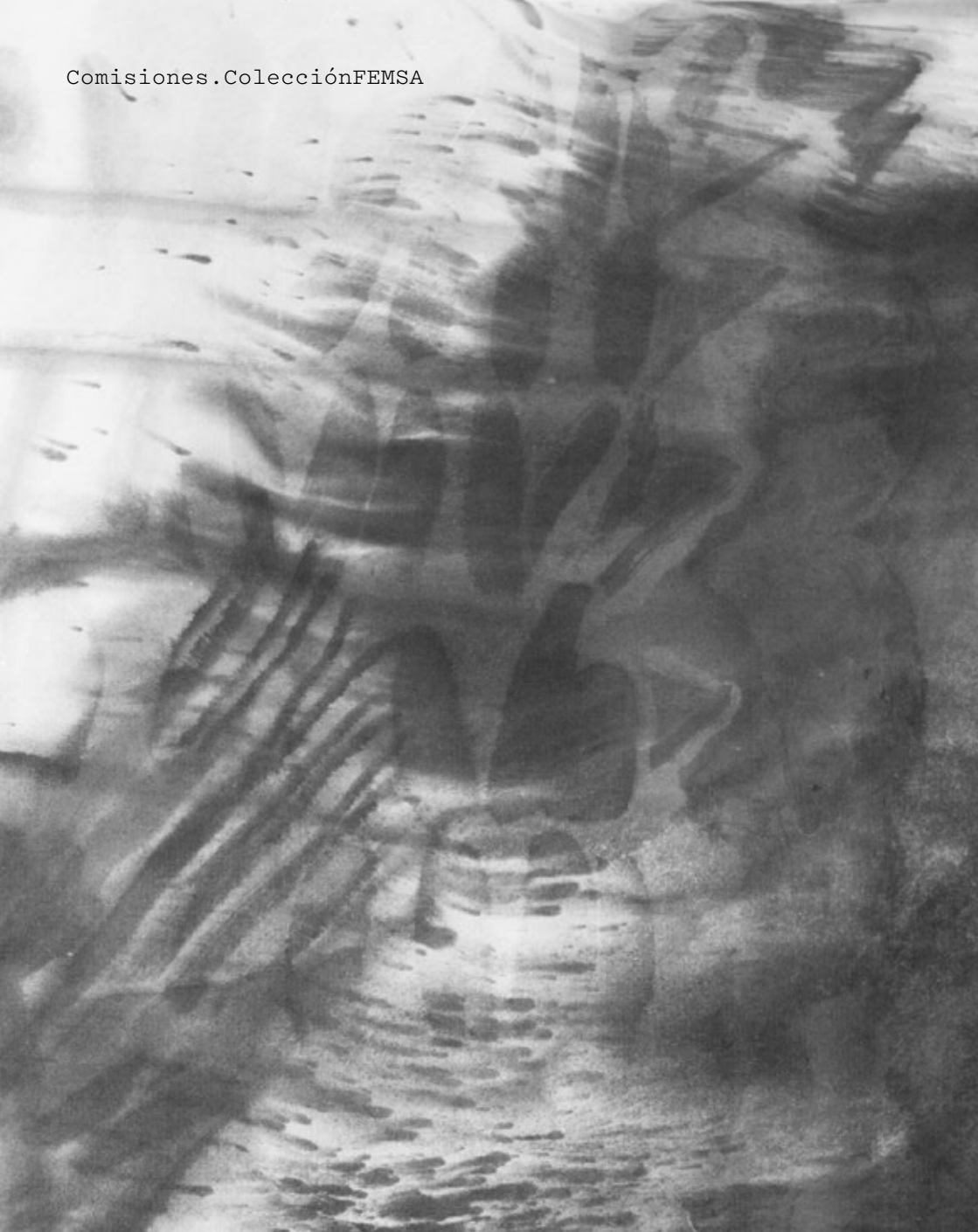
3 Abya Yala: “Tierra Viva” o “Tierra en Florecimiento” en lengua Kuna, es el nombre con el que este pueblo originario de Colombia y Panamá designa al continente americano. Hoy, muchas comunidades e intelectuales indígenas lo emplean en lugar de “América” como un acto político y simbólico, reivindicando una denominación anterior a la colonización europea y vinculada a una visión propia del territorio.

4 Gaston Bachelard, *La poética del espacio*, 2000.





Comisiones.ColecciónFEMSA



Gobierno de
México

Cultura
Secretaría de Cultura



COLECCIÓN
FEMSA

FEMSA

Difusión y
Fomento
Cultural A.C.

Fundación
FEMSA



CAFFENIO

50

PROGRAMA
DE ARTES VISUALES

••••• @culturagigante
SECRETARÍA DE CULTURA



Comisiones.ColecciónFEMSA



Gobierno de
México

Cultura
SECRETARÍA DE CULTURA



COLECCIÓN
FEMSA

FEMSA

Difusión y
Promoción
Cultural A.C.

Fundación
FEMSA

OXO

CAFFENO

50

PROGRAMA
DE ARTES VISUALES

Instagram: @culturagobmx
SECRETARÍA DE CULTURA